

dre que la recibió en ellos teniendo abrazado ya á Fernando. Los tres mezclaron sus lágrimas, lágrimas de felicidad, lágrimas de alegría, llanto que rejuenece, que trae la calma, el bien supremo de la vida. Yo mismo, conmovido en extremo al contemplar la felicidad de aquellos seres de tan distinto carácter pero de un corazón tan noble, invocaba desde el fondo de mi alma la bendición del cielo sobre sus frentes.

—Ahora, hijos míos, dijo el baron transcurrido un momento, ahora que estais todos satisfechos, podremos tomar el thé en familia. Sin embargo, antes quiero permitir á Fernando que dé el primer abrazo á su mujer, para que por él puedan unirse mas y mas los dos corazones que han nacido para palpar juntos.

Fernando trémulo aun de emoción se aproximó á María y por primera vez depositó en su frente virginal un casto beso que ella recibió palpitante de alegría y rubor.

Hay impresiones en la vida que son un verdadero contraste y que hasta ahora no ha podido explicar ningún filósofo. María me lo demostró una vez mas aquella noche.

Al recibir el beso de su prometido, al tener tan cerca la cara de Fernando, sus ojos impregnados de pasión poco antes se dirigieron á la nariz de su futuro, y por una de esas transiciones inexplicables en la mujer, que pasa de la risa al llanto y vice-versa sin poder atinar la causa, soltó una carcajada, pero mas exagerada, mas loca que ninguna de las que se habian escapado de sus labios. Después al contemplar á Fernando pálido, estático y retratándose en su semblante el mas profundo dolor, palideció ella tambien y sintiendo remordimientos por una hilaridad que demasiado comprendía cuanto daño hacia, prorumpió en llanto dejándose caer en una butaca y cubriendo su hermosa cara con las manos por entre las que se escapaban un raudal de lágrimas.

Fernando se echó á sus pies y la pidió perdón por ser causa de su dolor, olvidándose del que ella le causaba con su inmoderada risa; la ofreció el sacrificio de renunciar á su amor y á su mano si su unión tenia que causar su infelicidad.

El baron estaba conmovido por la abnegación de Fernando y enfadado por la ridícula conducta de su hija á la que no sabía ya como reprender. María sollozando aun, juró no ser de nadie mas que de Fernando, demostrándole su amor con frases tan tiernas que fueron un bálsamo para el herido corazón de Maldonado. Aquella escena terminó como habia empezado. María consolada por su futuro y por su padre, reprendida cariñosamente por éste, confesó por primera vez su debilidad y su amor. Amaba á Fernando con toda su alma, pero cuando miraba frente á frente á mi amigo, no sé qué extrañas ideas se apoderaban de su cerebro que la hacían estallar de una manera tan inoportuna como ofensiva. Yo como médico tomé cartas en el asunto y esliqué el caso echando mano á la fisiología, como un accidente y no como un sentimiento. La verdad es que yo no me lo sabía explicar ni física ni moralmente y que por mas que lo he estudiado no he podido conseguirlo aun. Dije aquello para tranquilizar á dos almas que sufrían cuando tanto atractivo tenían la una para la otra.

—Señor baron, dijo Fernando, con el mas profundo reconocimiento, acepto la mano de María y me creé el hombre mas feliz de la tierra el día en que pueda llamarme su esposo. Pero antes que llegue ese feliz día voy á imponer una condición que me dicta el deseo de hacer su felicidad. Amo á María y me creo correspondido, porque sería ofen-

SEGUNDA SERIE.—1866.

der gravemente á Dios el suponer siquiera por un momento, que los ángeles fueran capaces de mentir. Mis mas ardientes aspiraciones, son su felicidad, su dicha, y para ello me impondré si es preciso todos los sacrificios, todos los tormentos imaginables. Para que María pueda acostumbrarse á ver á su esposo con todos sus defectos, aplazo nuestra unión para dentro de seis meses. En ese tiempo usted, mi querido baron, podrá conocer con su experiencia si el esposo que destina á su hija puede ó no hacer su felicidad, y al estudiar al propio tiempo á su hija sabrá tambien si será ó no feliz siendo mi esposa.

—Apruebo esa decision con sentimiento, dijo el baron, aunque yo hubiera querido veros unidos cuanto antes, porque la vida de un anciano tiene mas probabilidades de llamar á la puerta de la eternidad que la de un jóven. ¿No es verdad, doctor?

—Perdone vd., baron que le contradiga, porque vd. es una escepcion, y si no fuera porque me tacharía de exagerado, le pronosticaria una larga existencia, tal vez mas de un siglo.

—¡Bah, bah! doctor, quiere vd. animarme y se lo agradezco. ¿Pero qué le parece á vd. del proyecto de nuestro querido Fernando?

—No va descaminado, aunque tengo la convicción que María es ya indispensable para Fernando, así como éste forma parte de la existencia de María. Espero que desaparecerá esa pequeña nubecilla que empaña el brillante horizonte de nuestros futuros esposos y que la antorcha de himeneo lucirá para ellos en el plazo fijado, inaugurando la era de una felicidad no interrumpida.

Así pasó la noche. Cuando nos retiramos, la calma mas completa y la mas envidiable felicidad reinaba entre los dos prometidos. Sin embargo, yo observé que María hablaba á Fernando sin mirarle á la cara. Su conversacion debió ser tierna, como lo suele ser siempre la de los enamorados, porque mi amigo parecia satisfecho.

Aquí llegaba Corrales de su narracion, cuando entró Justino á avisarle que la sopa estaba en la mesa.

—Comerás conmigo, me dijo Felipe, y después de sobremesa te acabaré de contar la historia.

—Bien, acepto; pues no quiero salir de tu casa sin saber el fin.

La comida fué suculenta y digna de un príncipe. Mi amigo que es algo gastrónomo le gusta tratarse bien, y su cocinera francesa confecciona platos tales que no rechazaría el paladar mas delicado.

A los postres encendimos nuestros cigarros, y yo rogué á Corrales que continuase su historia.

—Vamos á mi despacho, me dijo, allí Justino nos servirá el café y tomándolo acabaré de contarte una historia que estoy seguro que á contártela otro la hubieras interrumpido con la palabra *canard*, como acostumbrabas con las que nos regalaban los amigos y compañeros de nuestra acostumbrada reunion.

—Tienes razon, le contesté, pero empieza porque estoy impaciente.

Después que hubimos saboreado el rico moka, el buen Justino nos sirvió dos copas de cognac. Corrales empezó á tomar la suya á pequeños sorbos y continuó su narracion de esta manera.

#### IV.

Seis meses después de las escenas que antes te he referido.  
AÑO XXIV. 26.

rído, nada parecía oponerse á realizar la union de los dos jóvenes amantes, nada contrariaba su felicidad. Durante esos seis meses María no había reído ni una sola vez, y su pasión por Fernando había llegado ya á un grado tal de exaltación que para ella no había en el mundo otra cosa que el amor de su esposo, como le llamaba yo. La alegría de Maldonado y del barón no tenía límites. Yo no estaba muy tranquilo, porque observando siempre, había notado que María no miraba á Fernando nunca frente á frente, y cuando al parecer fijaba en él los ojos, reparaba su mirada extraviada dirigirse á otros objetos. Sin embargo, le sonreía siempre con esa sonrisa de apasionado amor que tanto envidiamos á los demás y que tan poco sabemos apreciar cuando es para nosotros mismos.

El día fijado para firmar el contrato era el de una gran festividad. El barón quiso celebrarlo con un baile al que convidó á lo mas escogido de la corte, que se apresuraba á aceptar la invitación del opulento barón del Pinar. La mañana de ese día Fernando almorzó con su prometida y con su padre. Yo también debía asistir á esta comida de familia, mas Justino vino á participarme el estado gravísimo de uno de mis enfermos, y tuve que renunciar á este placer para acudir á donde me llamaba la obligación. Durante el almuerzo María estuvo alegre y cariñosa con su padre, dulce y tierna con su futuro. Concluido se separaron para hacer cada uno sus preparativos, mas antes Fernando, por un extraño capricho, quiso que María le mirase de hito en hito un buen rato. Fernando había notado también que su futura esquivaba el mirarle fijamente, y quiso sujetarla á esta última prueba, quiso apurar el último dolor. María buena, graciosa, enamorada, amando á Fernando con delirio, se creyó curada de su ridícula hilaridad y no tuvo inconveniente en fijar sus lindos ojos en los de su prometido. Te veo temblar al escucharme y tiemblos con razón. Sucedió otra vez lo que ya hacía tiempo no sucedía. A los cinco minutos de contemplar á Fernando, María soltó una carcajada, pero extravagante, prolongada, extraordinaria.

Esta tortura moral era ya superior á las fuerzas de Fernando, por lo que frenético, loco, salió de casa del barón y se dirigió á la nuestra. Apenas llegado entra en mi despacho, se apodera de un estuche de cirujía, toma al azar uno de sus afilados instrumentos, coge un espejo y delante de él se corta de un golpe la fatal escrescencia que como suplemento de la nariz se interponía como un obstáculo á su felicidad y á la de la bella María de Vargas.

La casualidad, mal digo, la Providencia, me hizo llegar á mí en aquel momento. Entro en el despacho y me veo á Fernando tendido en el suelo en medio de un lago de sangre y sin conocimiento. Llamo apresuradamente á Justino, y mientras él le levanta y coloca sobre un diván, yo me ocupo en cortar la hemorragia que le había sobrevenido y que quizá iba á desangrarle. Con trabajo pude conseguirlo, y cuando acabábamos de colocarle en la cama entró el barón. Enterado de lo ocurrido, los dos convinimos en cierto plan que realizamos, después de estudiar yo con detención el estado de Fernando, que á la verdad era deplorable.

Aquella misma noche sabía María por su padre y por mí la muerte de su prometido. Imposible es formarte una idea del dolor, de la desesperación de María al recibir esta noticia.

—Yo le he muerto; fué lo primero que dijo.

Y cayó en una convulsión nerviosa que ponía en grave peligro su existencia. Llamaba á la muerte, se maldecía, se execraba ella misma. Solo el dolor de su padre y mis

consuelos pudieron calmarla un poco, aunque no cesó de llorar; sus ojos eran dos fuentes. Esto me tranquilizó, porque ya me iba temiendo tuviese funestas consecuencias su desesperación. El llanto si no consuela alivia, y aunque no abuyente el dolor llama á la reflexión. María no cesaba de llorar, llamaba á Fernando y le prodigaba los nombres mas tiernos y cariñosos; le pedía perdón y al mismo tiempo le reñía por haberla sumido en la mayor infelicidad.

Algunos días después, María vestida de riguroso luto y siempre con las lágrimas en los ojos, anunció á su padre que se consideraría en todo como si fuera la viuda de Fernando y que por lo tanto quería honrar su memoria con un suntuoso funeral. Mucho trabajo nos costó al barón y á mí el disuadirla de su propósito, y al fin lo conseguimos inculcándole otra idea, que fué la de adoptar y rodearse de las dos niñas hijas de la pobre viuda que habían sido las que ocasionaron el conocimiento de Fernando y María. Nuestra idea fué bien acogida, y desde entonces no se separaba de las dos niñas, que pasaban los días hablando con ella de Fernando, cultivando un rosál que este había plantado, y por la noche en el hermoso oratorio del barón dirigiendo á Dios continuas preces por la salvación del alma de Maldonado.

El barón dejaba obrar á su hija, porque la quería mucho y nunca le había negado nada, pero continuamente me estaba preguntando si ofrecía cuidado el estado de la salud de María.

Verdaderamente que era extraño el cambio operado en ella.

A su carácter alegre, franco, expansivo, había sucedido una melancolía tan conmovedora que la hacía doblemente interesante. A sus carcajadas había seguido un llanto silencioso pero continuado. A su coquetería de tocador había reemplazado un completo abandono: no vestía mas que de negro. Su piano no se abrió ya mas desde el día en que recibió la fatal noticia. En cambio las lámparas del oratorio ardían continuamente, y un sacerdote celebraba en él todas las mañanas el sacrificio de la misa, que aplicaba por el alma de Fernando. María la oía siempre de rodillas rezando y llorando. El dolor de la hermosa joven era tan verdadero como resignado. María de Vargas vivía maquinalmente. Su espíritu volaba á la celeste esfera, solo descendía á la tierra cuando le hablaban de Fernando ó cuando tenía que ocuparse en algo que le fuera provechoso á él.

Así transcurrieron ocho meses. Gracias á mis continuos cuidados y al afán y solicitud de su padre, la salud de María no sufrió graves detrimentos, pero su corazón había recibido una herida que brotaba sangre continuamente y que era difícilísimo el cicatrizar. El amor de María por Fernando era el místico amor de la religión por los que ya no existen. Era la vida contemplativa por otra vida de compensación, por otra vida en la que las penas acaban, y en la que se disfruta de una felicidad que no tiene fin, porque disfruta con Dios.

Un día encontré á María mas peinada que de costumbre. Entre sus negros y blondos cabellos descuidados hasta entonces, campeaba una preciosa rosa cuyas hojas apenas abiertas estaban aun húmedas por el rocío de la mañana. María puesta en contacto con su flor favorita era ya una novedad. Ella que con su hermosura y por sus bellas cualidades había embriagado de amor al pobre Fernando, se adornaba con la primera rosa que produjera el rosál que él había plantado y que ella cuidaba con esmero.

—María, ¿quiere vd. darme esa rosa, la dije, y yo en cambio le daré una cosa que la alegrará á vd. mucho?

—Perdone vd., doctor, pero no puedo darle esta flor, por que sería despojarme de parte de mi corazón, que es de Fernando.

Y al nombrarle, las lágrimas acudieron á sus ojos, aunque se esforzó por contenerlas.

—¿Ama vd. aun á Fernando?

—¿Y me lo pregunta vd., doctor?

Las lágrimas que en vano había querido contener, empezaron á bañar su pálido rostro.

—María, si vd. recibiese una buena noticia, ¿tendría valor para recibirla?

—¿Que noticia puede ser!...., Todo lo del mundo me es ya indiferente. Me resigno á vivir por mi buen padre, que si yo le faltase moriría desesperado.

—Pues bien, María, aquí viene el papá, que parece está hoy algo preocupado. Para distraerle y distraerse vd. también, léale este periódico que acabo de recibir.

Y saqué del bolsillo un número del *Diario de la Marina* de la Habana.

María tomó el periódico y lo desdobló con indiferencia. El baron, despues de abrazar á su hija, se sentó á su lado en el confidente en que ella estaba. María empezó á recorrer las columnas del periódico.

—¡Dios mio, Dios mio!.... ¿Qué es esto? dijo palideciendo mucho mas.

—No tiene vd. valor, María, yo leeré, y cogí el diario y lei:

«El valor que se da al ingenio de la *Maravilla* que acaba de ganar en pleito, el señor baron del Pinar es el de siete millones de pesos.»

—No es eso, no es eso, doctor, dijo María impaciente.

Yo continué la lectura sin hacerle caso.

«Ha salido para España en el paquete de vapor *Colon*, el célebre y elocuente juriconsulto señor don Fernando Maldonado, el que durante su permanencia en esta isla ha sabido captarse las simpatías y admiración de todos los que le han tratado por las brillantes cualidades que le adornan. En el largo y ruidoso litigio que el conocido capitalista baron del Pinar seguía con su pariente el conde de Jaruco, en el que se disputaban el famoso ingenio de la *Maravilla*, ha sabido hacer trincar los derechos de su defendido el baron del Pinar, derrotando completamente á su contrario con la poderosa elocuencia que ha usado en los informes. Tanto el tribunal como el numeroso público que acudió á oírle en ellos, quedaron admirados de los vastísimos conocimientos legales que posee el señor Maldonado, y que manejados con la elocuencia, en la que no tiene rival, le colocan á una altura envidiable y á la que hasta ahora á nadie habíamos conocido. Reciba el señor Maldonado nuestra afectuosa despedida y admita el testimonio de nuestra admiración y aprecio.»

Imposible me es pintarte el efecto que la lectura de estas dos noticias produjo en María. A la melancolía que se pintaba ordinariamente en su semblante reemplazó la admiración, pero una admiración estúpida, casi el anonadamiento. Su seno palpitante se agitaba con celeridad, su respiración entrecortada, fatigosa, me daba que temer. Despues de algunos momentos de ansiedad, ansiedad mortal para mí, pasó la crisis y María se echó en brazos de su padre riendo y llorando.

—Padre mio, padre mio, ¿es cierto que Fernando no ha muerto? ¡Y tú nada me habías dicho cuando me veías padecer tanto!

—Calma, por Dios, hija mia, pronto verás á tu esposo.

María no oyó mas, levantó los ojos al cielo como dando gracias á Dios y quedó desmayada en los brazos de su padre.

Acudí en su socorro y pronto tuve el placer de que volviera en sí.

—María, óigame vd. y perdóneme de que haya sido el causante de todo cuanto ha sufrido en ocho meses. Gracias á Dios no he perdido el tiempo estudiando la medicina, y pude salvar á vuestro querido Fernando despues de varias operaciones tan arriesgadas como difíciles. Durante su curación me ocurrió una idea, un proyecto que para realizarlo consulté con el baron y le pedí su anuencia. María no se corregirá del todo de su inoportuna hilaridad, me dije, este es el momento de darle una lección y hacerla comprender cuán fatales consecuencias puede tener una cosa que el buen sentido rechaza y que es impropia de sus nobles y generosos sentimientos. Lo demás ya lo sabe vd. Fernando, tan luego estuvo completamente restablecido, partió para la Habana á defender el pleito de su padre de vd., pues habiendo examinado los documentos y estudiado bien el negocio, halló mayor derecho en la hija del baron del Pinar que en su contrario, por lo que retiró su negativa y se encargó del negocio. Está ya de regreso como ha oído vd. Este periódico es del 30 de abril, hoy estamos á 24 de mayo, por consiguiente el paquete *Colon* debe haber llegado á Cádiz el 20 y Fernando estará ya para llegar á Madrid de un momento á otro.

Al concluir de hablar yo un criado se presentó en la puerta de la habitación.

—Un caballero que dice acaba de llegar de América solicita ver al señor baron.

—Es Fernando, exclamó María.

—Que pase, dijo el baron.

La figura pálida y noble de Fernando apareció en el dintel de la puerta. Al apercebirlo María corrió hácia él y cayó á sus piés abrazando sus rodillas.

—Perdon, perdon, Fernando, soy indigna de que me ames.

Fernando la levantó y la estrechó contra su corazón al mismo tiempo que me abrazaba á mí. El abrazo del amigo, del compañero de la infancia, se confundió con el de la prometida, con el de la esposa. Las lágrimas asomaron á mis ojos como ahora las veo en los tuyos, y al observarlo María me dijo radiante de júbilo:

—Doctor, me ha hecho vd. pagar muy cara la felicidad, pero no olvidaré nunca que le debo la vida de mi esposo. Doctor, ¿quiere vd. ser mi hermano ya que casi lo es de mí Fernando? Que selle esta flor que antes me pidió vd. el pacto de nuestro cariño, y que sirva al propio tiempo como testimonio de la curación de mis ridículas risas. Fernando, dijo dirigiéndose á éste, ahora voy á mirarte y no verás ya en mí lo que tanto te atormentaba. Mas, ¿qué veo?

—Nada, mi amada María, ha desaparecido la causa de tus carcajadas, gracias á ti y á mi buen Felipe.

Y Fernando le contó todo lo que tú ya sabes.

—¡Esto mas, doctor! me dijo María tendiéndome su mano, que yo estreché entre las mías. Le debo á vd. mas que la vida y la felicidad, la tranquilidad de mi conciencia que me acusaba sin cesar de ser causa de la muerte de Fernando. No lo olvidaré nunca, doctor, y desde hoy tiene vd. un lugar en mi corazón como antes lo tenía en mi gratitud y amistad.

—Bien, hijos míos, dijo el baron, que había presenciado

la escena llorando como un niño. Abrazaos otra vez y vamos á tratar de los preparativos de vuestra boda. El doctor es de la familia y también tomará parte en la discusión.

La boda de Fernando Maldonado y de la bella Maria de Vargas se celebró con gran pompa. Ya nadie tuvo que reprochar nada al novio, pues habia desaparecido por completo el suplemento nasal que afeaba sus simpáticas facciones. Maria fué, y creo que será aun ahora que residen en Cuba, la mujer mas feliz de la tierra. El baron, cada dia mas contento de la suerte que le ha cabido á su hija, pasa su vida atormentado por la gota y por sus cuatro nietecitos, que juegan con él frecuentemente. Fernando, á pesar de su elevada posicion rentística, continúa ejerciendo su profesion de abogado y sirviendo á los pobres y desvalidos, que no en vano recurren á su generosidad y talento.

Lo que has encontrado en la cajita que tanta curiosidad despertó en tí y que ha motivado esta historia, son todo recuerdos de las personas que mas he querido en mi vida. De las cartas y del retrato no te hablo porque ya conoces su origen. El bolsillo y la onza son el origen del conocimiento de Maria y Fernando; la leontina un recuerdo que me dejó mi antiguo compañero al separarnos, y la rosa el epílogo de esta historia de amor, que tanto tendrá de fantástico para los que no han estudiado el corazon humano como yo lo he estudiado.

Di las gracias á mi amigo, y al regresar á mi casa escribi desaliñadamente esta historia que hoy ofrezco á los lectores del MUSEO DE LAS FAMILIAS.

SALVADOR MARIA DE FÁBREGUES.

## LA LOCA DE LOS PAJAROS.

(Conclusion.)

### IV.

A cualquier distancia que llevase sus escursiones Maria, siempre por la noche volvía á la cabaña con la maquina puntualidad que ponen en sus acciones habituales los pobres seres privados de razon. Así es que la buena Juana no se alarmaba por la ausencia de su hija, hasta la hora en que el crepúsculo teñía con un matiz morado las nubes de Occidente.

—Maria se decia ella, habrá encontrado en el bosque moras y guindas y habrá comido con sus pájaros: como no tiene hambre andará correteando y trepando por los árboles en compañía de los mirlos para saltar juntos de rama en rama, porque imita todo cuanto hacen. Estoy por creer que tambien vuela como ellos, sin contar que canta á punto de equivocarla con un mirlo.

Hablando así, trataba Juana de disipar la inquietud que comenzaba á tener un dia por la tardanza de Maria, yendo y viniendo sin cesar al huerto.

—¡Ya vuelve Maria! dijo de repente, oigo sus mirlos que chillan y que revolotean alrededor de la cabaña. ¿Por qué en lugar de bajarse y venir á anidar en su cesta como lo hacen por las tardes, continúan en volar y chillar sin detenerse? ¿Por qué tocan con sus alas mi rostro y vuelan hacia

el lado de la peña que cae al rio para volver á mi y dirigirse de nuevo hacia el rio? ¡Jesus, Dios mio! ¿Habrá sucedido alguna desgracia á Maria y querrán avisármelo?

Inmediatamente, sin reflexionar mas, sin pensar en calzarse sus abarcas, tomó el camino de la peña yendo delante los mirlos como á medio tiro de bala. De repente se dejaron caer sobre una hendidura en medio de la peña en donde Juana, que seguia con la vista todos sus movimien-



Maria desmayada.

tos, descubrió á Maria desmayada y con la cabeza ensangrentada.

Destrozada de dolor la nodriza, cogió á la niña, la colocó sobre sus rodillas y trató de reanimarla calentando con su aliento la helada frente de Maria, dándole friegas con su saya de lana en las manos que tenia tías y agarrotadas. A fuerza de cuidados y de esfuerzos logró al fin que la herida abriese lánguidamente los ojos y mirase vagamente en derredor de sí.

—¡Bendito sea Dios! dijo Juana, no se ha perdido todo. Está caída no la ha matado de golpe.

Hablando así consigo misma la robusta nodriza, cogió en sus brazos á Maria como tenia de costumbre hacerlo en otro tiempo en París, y con lágrimas en los ojos la volvió á la cabaña y la metió en su cama.

Mientras le quitaba los vestidos y trataba de reanimarla enteramente, los siete mirlos se habian colocado en el borde de la ventana y parecían seguir con su ojo inteligente los menores movimientos de Juana.

Esta lavaba con agua tibia la herida de Maria, que dejaba hiciesen de ella lo que quisiesen con una absoluta impasibilidad. Por mas cariñosas palabras que la dirigía y abrazos que á cada instante la daba, no lograba sacarla de su letargo.

Poco á poco sucedió á este estado de atonia demasiado alarmante, una agitacion mas alarmante todavia. Las apagadas miradas de la herida se inflamaron; se estremeció,

se agitó, dió gritos inarticulados y un convulsivo temblor se apoderó de su cuerpo con los síntomas de una ardiente fiebre. Tan pronto se incorporaba en la cama, como quería tirarse de ella al suelo, rechazando violentamente á Juana y aullando las dos únicas palabras que sabían pronunciar sus labios: *¡mamá, pájaro!*

La nodriza llena de dolor no sabía que hacer. Era de noche, y el único médico que habitaba el país, vivía á cuatro kilómetros de allí. ¿Cómo ir á buscarle? ¡No podía dejar sola durante una hora á María en semejante estado de delirio! no podía pedir socorro á ningún vecino, porque siendo una casa aislada no lo sabían.

Mientras que desesperada no podía hacer mas que rezar

y llorar, oyó de repente el ruido de un carruaje que pasaba á alguna distancia. Inmediatamente corrió á la puerta del huerto y colocando sus dos manos alrededor de su boca gritó con todas sus fuerzas:

—¡Socorro! ¡socorro!

Después se quedó escuchando. El carruaje continuaba su camino.

La pobre mujer volvió á comenzar de nuevo sus gritos. Esta vez el ruido de las ruedas cesó, y oyó clara y distintamente en medio del silencio absoluto que reina de noche en los parajes solitarios, pasos que cada vez iban siendo mas marcados y se dirigían hácia la cabaña.

Corrió al encuentro de aquel á quien la Providencia tan



Convalecencia de María.

milagrosamente enviaba en su auxilio, lo cogió del brazo y casi lo arrastró al cuarto de María, diciéndole:

—¡Venid en nombre del cielo, mi hija se muere!

Moriase en efecto, hallándose presa de espantosas convulsiones.

El viajero era un hombre como de unos treinta años. Su hermosa fisonomía, naturalmente seria, tomó una espresion de simpatía y de tristeza, viendo los padecimientos de la enferma. La levantó suavemente en sus brazos para colocarla mejor en la cama y la arregló la colcha y las mantas con la destreza y el cuidado con que pudieran haberlo he-

cho una mujer ó un padre. Cogió entre sus dedos el brazo de la niña y consultó á su pulso. Después de esto, hizo que le contasen la causa de aquella desgracia, examinó la herida y la curó valiéndose de instrumentos que sacó de un estuche de cirugía.

—El estado de esta niña es grave, dijo al fin: porque hasta entonces no había pronunciado una sola palabra. Es preciso que pase la noche á su lado. Tened la bondad de decir á mi ayuda de cámara que me aguarda en el camino, que haga que el cochero lleve el carruaje á San Florentin y que me traiga aquí mi maleta donde le aguardo.

Apresuróse Juana á obedecer esta orden y no tardó en volver con el ayuda de cámara.

El viajero despues de haber dado á su criado algunas órdenes, sacó de la maleta una cajita que contenía medicamentos. Preparó una bebida que hizo tomar á cucharadas cada cuarto de hora á la enferma, cuya fiebre pareció calmarse poco á poco, y terminó por un profundo sueño.

—¡Buen síntoma! dijo, con una sonrisa y volviéndose hacia Juana. Espero que mañana por la mañana la enferma se despertará sin fiebre y con su razon.

—¡Ah! respondió Juana, no podrá despertar con su razon, porque hace cinco años que la ha perdido, y Dios se ha mostrado muy misericordioso, con la pobre huérfana al haberle privado de ella.

Juana contó al médico, porque el viajero era un médico, la historia del padre de María y su fatal muerte.

—Ya sabía esa triste historia, respondió. Mi madre que tiene estrechos vínculos de parentesco con la madre de la señorita de Descheams, se hallaba hacia quince años en el fondo de la América del Norte, en donde conmigo luchaba contra su mala fortuna, que gracias á Dios, logramos conjurar. A nuestra vuelta á Francia, solamente supimos entonces por el doctor Lisfrau, nuestro amigo, la muerte de su hermana y de Descheams y el funesto accidente de María. Mi madre me ha dado la mision de venir á asegurarme por mis ojos si habia algun medio en la ciencia para devolver la razon á la que tan cruelmente ha perseguido la desgracia y á la que prodigais un afecto maternal. Llegaba aqui para cumplir este deber, cuando ahora mismo la casualidad me ha reunido de un modo imprevisto á ella, y á vos, mi querida Juana. Veis que se sabe vuestro nombre en nuestra familia. Tengo buena esperanza de curar la herida á mi prima, y aun tal vez con la ayuda de Dios, y á fuerza de cuidados, devolverla la razon. Es preciso que me instale aqui en vuestra casa para intentar llevar á cabo esta doble curacion. Preparad, mi querida Juana, una habitacion. El doctor en medicina que ocupaba en otro tiempo en el Canadá una celda interna de los hospitales, sabe acomodarse á todo, y con mas fuerte razon, en una casa como la vuestra, tan limpia y tan bien aseada. Mañana me hareis el favor de ir al pueblo á hacer las compras de algunas cosas que necesito. Juan, mi antiguo ayuda de cámara, os dirigirá: él sabe al dedillo mis costumbres y mis necesidades. Dejadle hacer y no paseis cuidado por dinero, porque mi madre ahora es rica y prodiga cuanto necesita su único y adorado hijo.

Cuando Juana volvió del pueblo en compañía de Juan y con un carro cargado de muebles, encontró á María sentada en la cama, que la saludó con sus habituales palabras: ¡*Mamá, pájaro!*

Al mismo tiempo un ruido de golpecitos secos resonó sobre la vidriera de la ventana que Juana se apresuró en abrir. Inmediatamente los siete mirlos que hasta entonces se habian mantenido prudentemente, distantes sobre un árbol de donde sus miradas podian descubrir la cama de María, se lanzaron en el cuarto, volaron algunos instantes con desconfianza alrededor del joven médico, y tranquilizados poco á poco, concluyeron por dejarse caer sobre la cama de la niña á la que prodigaron las más afectuosas caricias.

Y como Luis de Bocour, este era el nombre del joven, mirase con sorpresa aquel singular espectáculo:

—Señor, le dijo la nodriza, estos pájaros son sus mejores amigos; y despues de mí á nadie ama ni conoce sino á ellos en el mundo.

Contó en seguida como se habia formado esta amistad, como los mirlos le habian advertido la víspera en el peligro en que se hallaba María y como la habian guiado hasta el peñasco donde yacia herida.

Luis escuchó silenciosamente esta relacion.

—Aqui tal vez, se dijo para sí mismo, está el medio de su salvacion.

Y permaneció largo tiempo pensativo.

Algunos dias despues la enferma cuyo estado se iba mejorando y cuya calentura concluyó por ceder á los remedios del nuevo médico, entró en convalecencia y pudo sin peligro salir de su cuarto. Apoyada en el brazo de Luis y de Juana, fué á sentarse en el huerto debajo de un grande árbol donde Juan habia colocado una cómoda butaca que por casualidad habia encontrado en el pueblo de San Florentin.

Mientras respiraba feliz el aire puro tan grato á una convaleciente despues de una semana de reclusion en un cuarto cerrado, los mirlos revoloteaban alrededor de ella dando chillidos de alegría.

Al oirlos María se levantó, les tendió los brazos y respondió á sus chillidos con chillidos semejantes, y tan fielmente imitados que el oído mas diestro y ejercitado no hubiera podido designar cuales eran los verdaderos.

El médico dejó caer su cabeza entre las dos manos, y en esta actitud meditó por algun tiempo.

—Sí, dijo; estos son los verdaderos auxiliares que debo de tomar para intentar la curacion de esta niña.

Desde aquel momento no omitió nada para hacerse amigo de los mirlos, y preciso es decir en honor de la verdad, que no le costó gran trabajo en conseguirlo. Como no se separaba ni un solo instante de María, y la acompañaba en sus paseos al bosque y al campo, los mirlos no tardaron en manifestarle una familiaridad igual á la de María.

Obtenido una vez este resultado, Mr. de Bocour lo aprovechó para silbar sin cesar durante sus paseos, y enseñarles algunas palabras que, los mirlos, como es bien sabido, imitan con maravilloso instinto. Era una cosa verdaderamente estraña, ver á un joven, por paseos y caminos, con una niña locamente vestida y una bandada de pájaros que revoloteaban en derredor de ellos silbando, con su voz clara y estridente, palabras que parecian caer de las nubes, y que, cual un eco, repetia maquinalmente la niña.

## V.

### LA CURACION DE LA IDIOTA.

Pasóse el otoño sin producir cambio notable en el estado mental de María, ni en el desarrollo sensible de su inteligencia. Habia, es verdad, aprendido tantas cuantas palabras sabian los mirlos, pero sin comprender la significacion, y sin saberlas oportunamente aplicar. Su facilidad en retenerlas en la memoria, era resultado de un instinto de imitacion y nada mas. Mr. de Bocour no obtuvo tampoco mas ventaja cuando quiso disminuir la necesidad de vagancia de aquella grande y hermosa criatura, para la que comenzaba á ser peligroso el separarse sin cesar y corretear sola por las praderas y bosques.

Nada podia detenerla en la casa; ni el frio, ni la nieve, ni las tempestades que hacian gemir, sacudiendo las cimas de los árboles, despojados de hojas, ni tampoco la negativa de Luis de acompañarla. Escapándose furtivamente, llamaba á media voz á sus mirlos, dando un chillido particular,

y marchándose á escondidas con ellos. Era preciso, ó que Luis la dejase sin proteccion, ó que de buena ó mala gana la siguiese. Nada logró desanimar ni entibiar su abnegacion: sentíase sostenido por la importancia de su mision y por la esperanza de que un accidente imprevisto pudiera de pronto despertar la aletargada inteligencia de María, ó al menos indicarle por qué vía podría volver á la razon.

Al fin llegó la primavera, y con ella las templadas mañanas y las flores.

Con sorpresa y descontento de María, los cinco mirlos jóvenes comenzaron á formar banda aparte de sus padres. Volaban solos por la mañana, cada cual á donde les daba la gana, y no volvían á parecer en la casa hasta la noche. El padre y la madre por su parte se mostraban sedentarios; el macho se plantaba sobre la rama de un olmo, en donde cantaba sus mas bonitas canciones, y repetía las palabras que le habia enseñado Luis. Mientras hacia esto, la hembra, ahuecando sus plumitas, iba de aquí para allí muy ufana, recogiendo pajitas y palitos para construir en medio de una zarza un nido, que le parecia sin duda mejor colocado que en la cesta, donde el año anterior habia venido á encontrar sus polluelos. Era preciso verla: lista, diestra, afanosa, coger con su pico amarillo tan pronto una hoja, tan pronto una paja larga, tan pronto una flexible ramita; y, en seguida, enlazarlas y tejerlas con la habilidad del mas experimentado cesterero. Animada con los cantos y le charla de su esposo, que no callaba sino para bajarse á coger en tierra algun insecto, que inmediatamente llevaba á su compañera, en menos de un dia acabó de construir el bonito y pequeño edificio, compuesto de raices y de toda especie de restos vegetales, y reforzados por una especie de arcilla.

María, sentada cerca del nuevo nido, seguía con atencion, inquieta y casi febril, su construccion. Cuando vió volar á los dos mirlos, los siguió con la vista al bosque; pero los pájaros desde que la vieron se remontaron hasta perderse de vista en el aire, y se dirigieron á otro lado, cual si quisiesen huir de ella.

María, desconsolada, se quedó sola con Luis, al que miró con aire triste.

El joven la cogió la mano, y trató de llevársela, pero le rechazó, y volvió sola, sombría y silenciosa á acurrucarse delante del nido. Allí en vano aguardó á los mirlos, que no volvieron á presentarse en algunos dias.

El médico aprovechó esta larga ausencia de los pájaros para tranquilizar á la pobre niña, desesperada por la ausencia de sus compañeros favoritos. Poco á poco logró de ella que escuchase y repitiese las nuevas palabras que trataba de enseñarla. Hasta un dia concluyó por permitir á Juana que la peinase y atase su largo pelo, que hasta entonces se habia obstinado en llevar suelto y desordenado sobre sus hombros. La nodriza se aprovechó de este acceso de buena voluntad, para quitar á María sus vestidos, rotos y sucios, y ponerla un nuevo y fresco traje. Por orden de Luis presentó á María un espejo, y esta quedó asombrada de la imagen que allí veía. Pasó sus dedos sobre el cristal, miró detrás y pareció preocupada é inquieta.

Luis se inclinó sobre su hombro y mostró en el espejo sus facciones, al lado de las facciones de María. Creció la sorpresa de la niña, y aprovechó aquella nueva emocion que manifestaba para hacerla ver, reflejándose en el espejo, la cabaña, los árboles, el campo y todo cuanto la rodeaba. Deslumbrada, se pasó la mano por los ojos; y despues, de repente, volviendo á coger el espejo, se miró de nuevo en él complacida, y ya no quiso separarse mas de él.

Desde entonces, cada vez que llevaba en desorden el pelo, cada vez que destrozaba sus vestidos, su primo la enseñaba en el espejo el repugnante aspecto que causaba aquellas costumbres y modales salvajes. Inmediatamente se apresuraba á arreglarse ella misma el pelo, y componerse con cierto gusto su vestido y falda de lana, que permitia que Juana le cosiese cuando se le desgarraba. Todas las mañanas, al amanecer, iba á ver el nido construido con tanto trabajo, cuidado y destreza, y que, sin embargo, continuaba abandonado.

Un dia, corrió gozosa, casi sin aliento, á buscar á su nodriza y á Luis, que fingieron dormir porque conocian la causa de su alegría y de su emocion, y el doctor queria aprovecharla para adelantar un paso en la curacion de su enferma. Le tiró del brazo, le sacudió llamándole la atencion, y ellos permanecieron siempre inmóviles y silenciosos. Al fin abrieron los ojos, y ella les hizo señas para que la siguiesen, sin que respondiesen á esta invitacion. Dió una patada. La impaciencia puso encarnado su pálido rostro. Al fin se pasó la mano sobre su frente para nacer una idea, se arrodilló delante de Luis, y clavando en él sus ojos azules y atrayéndole de nuevo, le dijo:

—Ven.

Era la vez primera que parecia comprender el sentido de una palabra de las que habia en comun aprendido con los pájaros.

Fuera de sí de gozo el doctor, siguió á María, que le llevó casi arrastrando hasta el nido de los mirlos, y le enseñó con el dedo cinco huevecillos azulados, manchados y matizados confusamente de amarillo, sobre los que se habia colocado, empollándolos la madre mientras el macho andaba saltando de rama en rama. Mientras estaba considerando el nido, vióse de repente rodeada de otros cinco mirlos, pando y jugando segun su costumbre sobre sus hombros y espaldas; todos los fugitivos no solamente habian vuelto, sino que habian traído consigo otros mirlos. Estos, asegurados al ver la tranquilidad con que los otros jugueteaban al lado de Luis y de María, se acercaron igualmente, si bien con cierto recelo. Se adelantaban, se paraban, miraban, volvían á adelantarse para retroceder de nuevo, meneando la cola y volviendo á un lado y á otro la cabecita cada vez que se detenían. María les echó un puñado de trigo, primero lejos, despues, insensiblemente y poco á poco, mas cerca, hasta que llegaron á comer en su mano.

—¡Lindos pájaros! murmuró Luis.

María se volvió poco á poco hácia Luis para no espantar á sus nuevos amigos, cambió con él una mirada en la que se leía un verdadero rayo de inteligencia, y repitió, contenta de comprender ella misma las palabras que articulaba:

—¡Lindos pájaros!

Despues, haciendo un esfuerzo visible de reflexion, añadió con una espresion de ternura que hasta entonces no habia tenido su voz:

—¡Luis!

Tal era su emocion cuando hubo en su inteligencia este súbito intervalo, que estuvo á punto de desmayarse. El feliz doctor la sostuvo en sus brazos, en donde no tardó en reanimarse.

Sintiéndose renacer, fijó sobre su amigo sus ojos cargados todavia de languidez, y repitió con una especie de embriaguez, de modo que daba á entender que comprendia la idea que espresaban estas palabras:

—¡Lindos pájaros! ¡Luis!

—¡Juana! ¡Juana! gritó el doctor con una turbación fácil de comprender.

Acudió corriendo Juana, y ella misma perdió toda su sangre fría cuando vio á la huérfana salir á su encuentro, estrecharla en sus brazos y decirle sonriendo:

—¡Juana! ¡María!

Al gozo y felicidad de Luis y de Juana no tardaron en suceder graves inquietudes. Algunos instantes después María cayó á sus pies con una crisis nerviosa de gran violencia, y fué preciso llevar á la cama á la pobre niña, donde le sobrevino una fuerte calentura que le duró toda una semana, temiendo á cada instante ver sucumbir á la que cuidaban como una hermana, como una hija.

Al fin desapareció el peligro y solo quedó á la enferma una estrema debilidad y una palidez que daba á sus facciones una expresión muy diferente de la que había impreso en ellas por tan largo tiempo el idiotismo. Quería tener siempre entre sus manos las de su primo y de Juana, y cuando alguna ocupación les obligaba á separarse de ella algunos instantes, rodaban sus lágrimas por sus demacradas mejillas, antes tostadas por el sol, y blancas y mates ahora cual una flor de camelia.

A pesar de los deberes de la paternidad, los mirlos á cada instante entraban por la ventana, saltaban sobre la cama de la convaleciente, ponían su piquito de oro sobre sus labios y se volvían á su nido para tornar algunos instantes después.

Cuando al cabo de seis semanas pudo María bajar al huerto se vio rodeada de una verdadera tropa de pájaros, que la mayor parte apenas sabían volar, pero que se mostraban no menos afanosos que sus padres en dar á entender su ternura á la joven.

María juntó sus manos y murmuró con un acento en que se revelaba su felicidad:

—¡Buenos pájaros! ¡Buen Luis! ¡Buena Juana!

María sabía, pues, apreciar ya dos ideas.

Desde entonces cada día, cada hora, marcó un nuevo progreso en su inteligencia. Tan débil, tan delicada, tan dulce, como antes era impaciente, robusta y salvaje, sentía un movimiento inefable de placer en percibir los rayos que poco á poco penetraban en su inteligencia, derramando en ella su vivificadora claridad. No solo comenzaba, á ejemplo de los niños, á tartamudear palabras que comprendía y aplicarlas con exactitud á su sentido, sino que se ensanchaban sus ideas y espesaba con claridad sus frases menos elementales. Cuando hablaba tenía siempre fijas sus miradas en Luis, y estudiaba por la expresión que en ellas leía si la habían comprendido.

Estos rápidos progresos asustaban y encantaban á la vez al médico, que hacía inútiles esfuerzos por detener un desarrollo en su inteligencia, peligroso tal vez, y obtenido á costa de la salud de la convaleciente. Resolvió, pues, cortarlo, ó disminuirlo al menos, y una mañana anunció á María, que ya le comprendía, que tenía que dar un paseo por el bosque.

—¿María sola aquí? preguntó ésta con inquietud.

—No, María vendrá conmigo.

—¿María enferma! respondió ésta enseñando sus brazos enflaquecidos y demacrados, y levantándose con gran trabajo de su sillón para volver á dejarse caer en él con el mayor desaliento.

—María se apoyará en el brazo de su primo.

Le miró con una indecible expresión, y después de un instante de silencio continuó:

—María ir á todas partes con su primo.

—Ven, pues, la dijo éste, colocando sobre la cabeza de la discípula un sombrero de paja, que rechazó con la mano.

Sonrióse, y presentándole un espejo la dijo:

—María está encantadora con su sombrero.

Se miró en el espejo, sonrióse satisfecha, y por un gracioso é instintivo movimiento de mujer, se arregló el sombrero, se levantó y dijo:

—Luis, da tu brazo, María va al bosque.

Cuando vieron á los dos jóvenes salir del huerto, una parte de los mirlos tomaron vuelo y se pusieron á revolotear alegremente alrededor de los dos paseantes. Solo quedaron en el nido los polluelos que eran aun demasiado débiles para poderlos acompañar.

## VI.

### UN PALACIO POR UNA CABAÑA.

Al encontrarse en medio de los bosques rodeada de sus pájaros, embriagada por el aroma de los árboles y por los alegres chillidos de los mirlos, María volvió al pronto y por algunos instantes á ser la niña salvaje de antes. Levantó los ojos hacia la nube de mirlos que revoloteaban á su alrededor, dió gritos con ellos, y se recogió el vestido para lanzarse á un árbol y trepar por él.

Sea que le faltasen las fuerzas, ó sea que encontrándose la mirada de Luis con la suya despertase el nuevo sentimiento en ella del pudor, se detuvo, dejó caer los pliegues de la falda del vestido hasta sus pies, y se sentó ó mas bien se dejó caer en medio de las altas yerbas que la rodeaban.

Luis se colocó á su lado y la echó sobre sus rodillas un ramo de flores silvestres que había cogido por el camino. Ella lo rechazó inmediatamente con la mano, porque una espina de una rosa silvestre la había arañado un dedo. Miró con una especie de terror las gotitas de sangre que destilaba aquella ligera herida, alargando su mano á Luis con un sentimiento de sorpresa, de dolor y de miedo.

El joven médico miró en torno suyo y descubrió una siempreviva ó faba crasa, que ostentaba sobre unas peñas hacia años su linda flor rojiza y sus hojas planas, carnosas y velludas, que le dan el aspecto de una verdadera planta crasa. Cogió un renuevo, lo aplastó y frotó suavemente el arañazo de María. Esta, que le dejaba hacer con una curiosidad mezclada de angustia, sintió inmediatamente una dulce frescura en el punzante dolor que padecía.

—¡Buena! ¡buena! dijo.

—¡Buena planta! dijo Luis.

—¡Buena planta! ¡planta! ¡planta! repitió María, muy contenta de adquirir y espresar una nueva idea.

Luis volvió á coger el ramo, separó de él la rosa silvestre y la acercó á las narices de su discípula, que apartó de ella bruscamente la cabeza con terror. Insistió Luis en que aspirase el perfume de la flor, y no tardó en ver á su compañera recogerse y cerrar los ojos para saborear mejor aquella nueva sensación.

Después fué Luis desprendiendo una á una las flores del ramo, dándoselas á oler á María é iniciándola en sus nombres, que aprendió con la mayor facilidad sin cometer el menor error ni equivocarse en su nomenclatura.

Por la tarde, cuando volvió á su casa María, trajo cuidadosamente sus flores á enseñárselas á Juana, designándole todas por su nombre, y vió con sorpresa su nodriza que iba colocando en un vaso lleno de agua las flores que con el ca-